

La conceptualización del realismo literario en las historias de la literatura colombiana (una revisión historiográfica)

*Gustavo Adolfo Bedoya**
Universidad de Antioquia

Recibido: 2 de octubre de 2006. Aceptado: 10 de noviembre de 2006 (Eds.)

Resumen: El presente ensayo se propone revisar críticamente el tratamiento teórico que las historias de la literatura colombiana le han dado al término artístico-literario Realismo. Dicha revisión permitirá evaluar los procesos historiográficos que los historiadores-literarios han llevado a cabo en la división y configuración de lo que han entendido por “literatura nacional”.

Descriptores: Vergara y Vergara, José María; Cortázar, Roberto; Gómez Restrepo, Antonio; Arango Ferrer, Javier; Camacho Guizado, Eduardo; Curcio Altamar, Antonio; Estudios Literarios; Historia de la literatura; Historiografía literaria; División literaria; Realismo literario; Literatura colombiana.

Abstract: This research work aims a critical review of the theoretical treatment that histories of Colombian literature have given to Realism as an artistic-literary term. This review will allow the evaluation of “historiographical processes” that historian-literary critics have carried out in the division and configuration of what they have defined as “national literature”.

Key words: Vergara y Vergara, José María; Cortázar, Roberto; Gómez Restrepo, Antonio; Arango Ferrer, Javier; Camacho Guizado, Eduardo; Curcio Altamar, Antonio; Literary studies; History of literature; Historiography; Literary division; Literary realism; Colombian literature.

* Magíster en Literatura Colombiana de la Universidad de Antioquia, docente de la Facultad de Comunicaciones de la misma universidad (gbedoya@comunicaciones.udea.edu.co). Este artículo forma parte del proyecto de investigación: *Los procesos de canonización de la novela colombiana en la historiografía nacional*, liderado por la profesora Olga Vallejo Murcia (financiado por el CODI, Universidad de Antioquia: 2005-2007).

Es urgente preguntarse cómo es nuestra literatura: sus fronteras, su forma, su estructura, su movimiento. Responder a esta pregunta será poner en comunicación a las obras y revelarnos que no son monolitos aislados, estelas conmemorativas del desastre en el desierto, sino que forman una sociedad. Un conjunto de monólogos que constituyen, ya que no un coro, un diálogo contradictorio.

Octavio Paz: 1967, 41

Introducción general

La existencia de la disciplina denominada como historiografía, dentro de los Estudios Literarios, encargada de reflexionar sobre el modo en que las historias literarias han organizado históricamente la literatura, parece darse por sentada, y más aún, cuando en los últimos años han aparecido algunos ejemplos de valor considerable.¹ Sin embargo, puede decirse que el trabajo apenas empieza, y hoy más que nunca se hace necesaria la revisión historiográfica de la literatura nacional.² El presente artículo intenta inscribirse en esta línea de investigación, se entiende así mismo como un aporte historiográfico que se planteó tan solo un objetivo: la descripción (desde una lectura comparativa y crítica) de los comentarios que las *historias literarias* han hecho para referirse a la llamada literatura realista colombiana, esto, suponiendo que en aquellas investigaciones, es decir en las *historias literarias*, existiera una conceptualización acerca de este movimiento artístico-literario.

En principio se hace necesario distinguir el tipo de realismo³ al que se hace alusión, es decir, al realismo como movimiento artístico, más exac-

-
- 1 Con la excepción de las anotaciones hechas por Antonio Gómez Restrepo y Gustavo Otero Muñoz en 1905 a la segunda edición de *Historia de la literatura de la Nueva Granada* (1867) de José María Vergara y Vergara, los trabajos historiográficos de la literatura colombiana durante el siglo XIX e inicios del siglo XX son más que escasos. Sin embargo, a finales del siglo XX e inicios del XXI, aparecieron una serie de artículos dispersos, casi todos productos de investigaciones universitarias, por ejemplo, los trabajos de Héctor H. Orjuela (1992), Hubert Pöppel (2003), Augusto Escobar (2003), Germán Patiño (2004), entre otros.
 - 2 Sobre todo luego de hacerse palpable la necesidad de llevar a cabo la consolidación de una nueva historia literaria, como quedó planteado en el Congreso Nacional de Investigadores de Literatura, celebrado en Quirama (Antioquia) en el año 2005 (Véase: Vallejo: 2005).
 - 3 Aunque la naturaleza del presente artículo hace impensable la inclusión del significado del término realismo, para contrastarlo con los comentarios aparecidos en las historias, no sobra incluir una breve reseña de dicha investigación (Véase la definición completa del movimiento en Bedoya: 2006).

tamente literario, y diferenciarlo de los diversos significados que posee en otras disciplinas, como en la filosofía, la música, la fotografía y la pintura. Así mismo, debe ser diferenciado de la calidad de adjetivo que posee (aunque es cierto que el realismo pictórico está muy relacionado con el literario, al igual que, como se verá más adelante, la utilización del realismo como simple adjetivo parece ser lo que impera en algunos historiadores de la literatura colombiana, y no, la alusión al realismo como movimiento literario).

En un esfuerzo de síntesis, se puede anotar que como movimiento artístico-literario, el realismo es propiamente europeo, que según las *historias literarias* del viejo continente se desarrolla desde los años 1830 hasta finales del siglo, como oposición al ideario artístico de dos movimientos “anteriores”: el neoclasicismo y el romanticismo. El realismo se diferencia de aquellos dos por la objetividad descriptiva que desarrolla en su estilo, al igual que por la creación de personajes “reales” (de allí su nombre), y por el tratamiento de temas que atañen, sobre todo, a la clase social burguesa de la época.

Sin embargo, los investigadores del movimiento hallan sus orígenes en la mayoría de las obras literarias, ya que todas ellas, quiéranlo o no, han debido partir de una idea de realidad para configurar sus mundos ficcionales. Es decir, la realidad-real del mundo les ha servido como materia prima que alimenta sus creaciones. Lukács (1965) es muy claro al decir que hasta el relato más fantástico es plausible de realidad, ya que debe tener en cuenta constantemente esa realidad, de la cual se intenta alejar. Por ello, autores tales como Homero y la tragedia griega marcan el inicio de la literatura realista. Por supuesto, los autores clásicos de dicha manifestación fueron Stendhal y Balzac, iniciadores sin saberlo del movimiento. Flaubert —dicen los historiadores— le dio un nuevo sentido (sobre todo formal) al movimiento que empezaba a “degenerarse” en el naturalismo de Zola y los hermanos Goncourt. El movimiento, que para entonces tenía representantes en otras naciones, a la cuenta Alemania e Inglaterra, por nombrar las más comentadas, recibió de Rusia un nuevo aliento, calificado de renovador, que vino de la pluma de Dostoievski, pero sobre todo, de Tolstoi. Cada autor lo matizó de una nueva forma, adaptándolo a las exigencias del lugar, y antes de su supuesta muerte en Francia y Rusia, el movimiento logró desarrollarse en España con autores tales como Benito Pérez Galdós, Leopoldo Alas y Ureña, alias Clarín y José María de Pereda. Por supuesto, no es solo la

nación española la que logra llevar la influencia del movimiento al Nuevo Continente, sino que también las obras de autores franceses e ingleses.

Al finalizar el siglo XIX, y ante la aparición de nuevas corrientes y nuevos movimientos, el realismo no desapareció totalmente del panorama, sino que logró desencadenar la aparición de obras hasta inicios y mediados del siglo XX, por ejemplo, la obra de Proust, según Harry Levin (1974), o la de Brecht y Virginia Woolf, en palabras de Auerbach (1982), o la de Ionesco y Kafka como lo asegura Matilde López (1965), o la de Thomas Mann, según Lukács (1963, 1965). Para el último tercio del siglo XX, sobre todo en América Latina, el modernismo dio nacimiento a corrientes y movimientos que bebiendo directamente de la influencia de la literatura kálfkiana y las vanguardias, retornará al realismo, por ejemplo, el realismo crítico y el mágico. El último de gran valor cultural para el mundo entero, al llegar a convertirse en la máxima expresión artística de América Latina para el mundo, en palabras de Ángel Rama (1985).

El movimiento pactó la relación más fuerte, existente hasta el momento, entre la realidad de la vida con la literatura. De igual forma, hay que notar que paralelo al recorrido del movimiento por las naciones donde fue adoptado, se vivió el desarrollo de las revoluciones políticas y sociales, y aún más interesante, la metamorfosis, del género literario novela. Finalmente, la característica más preciada ha sido la configuración del hombre total, el personaje tipo, representante de lo universal desde la singularidad de un ser (ya lo eran Odiseo, el Quijote, Hamlet, Fausto, y ahora también lo eran Emma Bovary y Rodian). Además, cabe resaltar el cambio de espacio que sufre la narrativa gracias al impulso por narrar las vicisitudes del burgués decimonónico, donde se pasó del castillo del príncipe, a la alcoba del enfermo en Proust, por ejemplo.

Siguiendo con Rama (1985), es evidente que los procesos sociales y artísticos europeos, al llevarse a cabo en América, toman otro matiz, tanto que sólo en su esencia se reconocen como tales. Así, mientras la transición entre los diversos movimientos artísticos europeos se lleva a cabo de una forma casi tajante, negando al movimiento anterior, contradiciéndolo en todo sentido posible, en América el paso entre aquellas manifestaciones artísticas apenas se difumina en ocasiones, por ejemplo, la transición hacia el realismo, desde el romanticismo, fue lenta, sutil, casi imperceptible, tanto que por momentos no se notaron sus contradicciones, lo que hacía que todos los movimientos parecieran fases de un mismo proceso.

En la evolución del movimiento, cada nación y cada autor halló una manera especial de estilarlo, de emplearlo, a tal grado que el propio movimiento evolucionó alcanzando matices insospechados. Por ello desde su nacimiento se ha hablado de diversos realismos: romántico, costumbrista, social, crítico, psicológico, socialista, mágico, testimonial, neocrítico y el realismo sucio norteamericano, por llamar a lista a los más reconocidos, ya que los matices son tantos que parece inficioso nombrarlos. El desarrollo que ha vivido el movimiento es tal que por momentos parece perderse de la escena cuando se le ve surgir de nuevo. Y aunque es cierto que hoy, como a lo largo del siglo XX, no se escribe como en el momento de los grandes maestros realistas, el conocimiento de la realidad como problema estético y político ni siquiera flaqueó por esta cuestión, al contrario, parece que la desaparición del realismo como movimiento literario y como manifiesto de toda una generación, facilitó el desarrollo de la postura realista. Ha quedado con el tiempo la esencia del movimiento, su aspiración por establecer la literatura en un nivel científico, como documento ideológico, que al mismo tiempo que habla de la realidad intenta modificarla.

El realismo en las historias de la literatura colombiana⁴

Desde la obra inicial de José María Vergara y Vergara,⁵ en el siglo XIX, hasta los trabajos de Álvaro Pineda Botero (1990, 1999, 2001, 2005) de finales del siglo XX e inicios del siglo XXI, se cuentan 138 años de *historias literarias*, que en menor o mayor medida han establecido el panorama literario de lo que comúnmente se ha querido entender como nación literaria. Cada una de ellas, desde un estudio singular, da cuenta de lo que

4 Se trata en principio de una lectura diacrónica de las historias literarias surgidas durante los siglos XIX, XX y XXI, haciendo énfasis en cinco momentos claves: *Historia de la literatura de la Nueva Granada* (1867) de José María Vergara y Vergara, *La novela en Colombia* (1908) de Roberto Cortázar, *Evolución de la novela en Colombia* (1957) de Antonio Curcio Altamar, *Manual de literatura colombiana* (1988) editado por Procultura y *Literatura y cultura. Narrativa colombiana del siglo XX* (2000) compilado por María Mercedes Jaramillo, Betty Osorio y Ángela Inés Robledo. Estos cinco momentos trazan una lectura a lo largo de los siglos XIX y XX.

5 La primera historia literaria de la nación, a pesar de comprender los años 1538-1820, periodo de tiempo que no contempla la aparición de la influencia europea del realismo en América, es analizada como pieza fundadora de la disciplina histórico-literaria de la nación, que ha logrado convertirse en precedente activo para las posteriores historias. Es claro que en esta historia aparecen las consideraciones políticas, religiosas y poco literarias, que envuelven los trabajos de la dinámica historiográfica, por lo menos, hasta mediados del siglo XX.

se ha entendido a lo largo del tiempo por términos tales como “literatura” y “nación”. De igual forma, han quedado en ellas explícitas las consideraciones de los autores en relación con los géneros, el análisis crítico y las bases epistemológicas de los estudios literarios, etc.

En las historias literarias, la utilización de los términos “realista” o “realismo” parece expresar, en la mayoría de las ocasiones, su relación con el movimiento literario, o por lo menos la calidad de adjetivo que dichas palabras tienen. Sin embargo, en muchos momentos su utilización parece designar ciertas facultades estilísticas del autor que responden a sus “cualidades” para expresar el mundo. Por lo tanto, su sentido cambia, ya que si a veces es positivo ser realista, en otros momentos serlo significa el desprecio estilístico y hasta moral del crítico.⁶ Por momentos, la utilización del término conlleva un sentido peyorativo, por ejemplo en Jesús María Ruano (1925), donde es sinónimo de exageración, de crudeza, casi de límite con lo pornográfico. Aunque en su texto anterior (1918) ve en Homero los inicios del arte realista, y lo diferencia radicalmente del arte expuesto por un desprestigiado naturalismo, tipo Zola.

Roberto Cortázar⁷ (1908) señala la obra *Manuela* de Eugenio Díaz como una “pintura de las costumbres” (56), “inminentemente realista” (57), comparada con *La cabaña del tío Tom* (Beecher Stowe, 1852). Y a pesar de que en la misma sección dedicada al realismo trabaja a José María Vergara y Vergara, Luis Segundo de Silvestre, José Manuel Marroquín y Rodrigo de Rahaváñez, en ningún momento intenta precisar acerca de lo que se debe entender por “novela realista” o tan sólo por “realismo”.

En otras circunstancias el realismo puede alcanzar un límite insospechado, como momento fundacional de la literatura nacional. En este punto

6 Algo similar había sucedido ya en los inicios del movimiento, en Francia, cuando el término empezó a utilizarse de forma peyorativa hacia un grupo de pintores que reflejaban el color local en sus obras, hasta que estos mismos utilizaron dicho término como bandera y proclama de la conciencia de su actividad y la importancia que ésta revestía para la sociedad.

7 Su historia es vital para el presente trabajo ya que además de delimitar su objeto de estudio al género literario novela, le dedicó un capítulo especial al realismo. De igual forma, su fecha de aparición marca —aparentemente— el final de los modelos y la investigación histórico-literaria del siglo XIX, y le da la bienvenida al siglo XX. Debe anotarse también que la historia de Cortázar es la primera en incluir un capítulo especial acerca de *María* (1867), la novela de Jorge Isaacs, y otro a la literatura antioqueña (como posteriormente lo harán Gómez Restrepo: 1953 y Otero Muñoz: 1928), y que fue escrita como tesis doctoral del autor, lo que la hace además un texto casi ensayístico que la diferencia de la forma didáctica y enciclopédica de las demás historias de la época.

destacan las obras de Eugenio Díaz y José Manuel Marroquín. Sin embargo, la confusión acerca del uso de este término y otros afines sigue a mediados del siglo XX, donde para Arango Ferrer (1940) una novela como *La vorágine* (1924) es típica del naturalismo, lo cual, para el autor, es un buen síntoma estético, pero a la vez, la obra posee rasgos realistas, tan fuertes que no la demeritan, sino que al contrario, la engrandecen. De esta forma, para Arango Ferrer una obra comparte afinidades con dos movimientos sin que esto indique algún problema. Así mismo, para Sanín Cano (1944) la etiqueta de naturalismo es favorable a una determinada literatura. Nicolás Bayona Posada (1942) piensa que ser realista es una característica de gran valor literario, pero no mayor que pertenecer al romanticismo.

Pero para otros autores, el realismo no pasa de ser un momento de transición, sin necesidad de ahondar en él, por ejemplo, para José A. Núñez Segura (1962), que a pesar de hablar del paso del romanticismo al modernismo, utiliza tan solo una nota a pie de página para explicar el significado de los movimientos.

Antonio Curcio Altamar⁸ (1975) propone que la influencia de los movimientos europeos en Colombia no es solo española, sino también francesa, inglesa y alemana. El romanticismo penetró la realidad americana y se manifestó primeramente en la novela histórico-romántica. Sin embargo, durante la decadencia del romanticismo “se intensificó la explotación de lo autóctono nacional con una acentuada matización de realismo” (95). Aquel impulso produjo la primera novela pensada como tal: *El mudo o secretos de Bogotá*, de Eladio Vergara y Vergara. Surge, posteriormente, la novela costumbrista como resultado de una de las categorías del romanticismo (117), que poseía un aire de realismo mayor que de sentimentalismo. Parafraseando a Laverde Amaya, Curcio dicta que: “Proliferó en Colombia el costumbrismo, con mayor profusión que en los demás países de Hispa-

8 El libro aborda la literatura dentro de un marco general de periodización que abarca tanto movimientos, géneros, como obras, periodos y autores. Dicho marco comporta un intento de integración de los fenómenos en una gran dinámica literaria, similar a la de la evolución, pero al mismo tiempo, comporta un intento diferenciador de los grandes fenómenos, como si surgieran paralelos, autónomos y complementarios al mismo tiempo. La historia de Curcio, que ha sido considerada como una de las mejores investigaciones histórico-literarias que tiene la nación colombiana, también se centra en el género novelístico, desde sus inicios, o más bien, desde su ausencia en la época colonial, pero siempre resaltando su tácita aparición, hasta las diversas clases de novela en el siglo XIX y XX, donde por supuesto, existe un capítulo aparte para la novela llamada realista.

noamérica, con ser que en todos ellos los ‘artículos’ y ‘cuadros de costumbres’ ejercieron un absorbente y obsesivo predominio” (118). Además de los ya mencionados Eugenio Díaz y Eladio Vergara y Vergara, sobresale Fermín de Pimentel y Vargas “quizá el autor nacional mejor dotado para el costumbrismo, y su último exponente genuino” (131). Es importante dejar registro que para Curcio Altamar, Eugenio Díaz fue desprestigiado estilísticamente por atribuírsele una escasa formación académica, asunto que en realidad no está comprobado, y que según Germán Colmenares es relativamente falso. Sin embargo, el mayor logro del costumbrismo, dice Curcio Altamar, fue haber servido de antesala al realismo (119): “el costumbrismo en Hispanoamérica no alcanzó altura y tuvo siempre un vuelo corto, a ras de suelo, del que solo se liberó al fundirse con la novela realista” (118). La evolución que quiere plantear el autor se consolida mejor con la novela realista, luego de los intentos románticos y costumbristas. Figuras como José Manuel Marroquín le imprimirán al género el empleo exacto de los recursos lingüísticos. El movimiento alcanza mayores logros que en la misma España (138), y tiene su centro vital en Antioquia, con un fuerte grupo de autores, a los cuales les dedica un espacio aceptable, teniendo en cuenta que los historiadores anteriores se centraban tan solo en la figura de Tomás Carrasquilla.

El ‘olvido’ de los historiadores en el momento de conceptualizar los términos utilizados, poco a poco va cambiando, por ejemplo, con documentos como los de Gutiérrez Girardot (1978-1979), quien además no utiliza ninguna etiqueta periodológica, o los de Eduardo Camacho Guizado (1965, 1978, 1978-1979), quienes problematizan en torno al uso de ésta y otras denominaciones.⁹ De igual forma, poco a poco, y gracias a los cambios teóricos y epistemológicos que viven los críticos e historiadores, la definición de literatura y de términos afines se amplía. Pero hay que decirlo, estos trabajos son la minoría, ya que la no conceptualización rige hasta en las historias latinoamericanas (Grossman, Oviedo), donde se destaca como

9 Gutiérrez Girardot en su corto ensayo no utiliza denominación periodológica alguna a no ser para ejemplificar el puesto en que críticos e historiadores limitaban la obra. Su propuesta comprende que las obras literarias latinoamericanas se componen de los diversos matices que los movimientos y las escuelas le brindaban. Por su parte, Camacho Guizado llama la atención en el momento de utilizar denominaciones periodológicas temporales, por ejemplo, considera que el verdadero siglo XIX literario colombiano no es cronológico, sino que inicia alrededor de los años 1830 cuando se empiezan a imitar y adaptar las influencias europeas y a proponer unos modelos propios.

el mayor escritor realista al chileno Alberto Blest Gana, con su obra *Martín Rivas*. Por supuesto, antecediendo a este dictamen no se encuentra ninguna explicación sobre lo que se debe entender por “escritor realista”, ni mucho menos se encuentran discutidas o descritas, las características singulares de la obra o del autor que hacen a los críticos decir aquello.

El panorama de la literatura realista en Colombia se amplía, lógicamente, revisando sus propias historias nacionales y no las continentales, donde se centran en la figura de Tomás Carrasquilla. En las historias de la literatura de carácter nacional se incluyen autores tan variados y tan distintos como: José Joaquín Ortiz, José Manuel Marroquín, Eugenio Díaz, Eustaquio Palacios, Luis Segundo de Silvestre, José María Vargas Vila, Eladio Vergara y Vergara, José María Ángel Gaitán, Daniel Samper Ortega y Josefa Acevedo de Gómez; además de los antioqueños Francisco de Paula Rendón, Samuel Velásquez y Eduardo Zuleta. En las obras de estos autores, según los historiadores literarios de la nación, existen características que los posicionan como realistas. Sin embargo, las mismas propiedades que hacen pensar a una obra como realista (descripciones), hacen que otra deje de ser tenida en cuenta (y por ejemplo pasen a engrosar la lista de relatos costumbristas).

Aunque las menciones al realismo son variadas a lo largo de los dos tomos del *Manual de literatura colombiana*¹⁰ (1988), son pocas las que hacen referencia al realismo como categoría del movimiento artístico-literario europeo del siglo XIX. En la mayoría de los casos se suceden como característica estética que, por cierto, permanece sin explicar por parte del autor del ensayo. El trabajo de Elisa Mújica: “Bogotá y su cro-

10 La escogencia del *Manual de Literatura* era obvia si se querían marcar los adelantos histórico-literarios que la nación colombiana ha vivido. El *Manual* ha corrido la misma suerte que su hermano mayor, el *Manual de historia de Colombia*, ya que ambos son, quizás, los trabajos más consultados, de más relevancia en sus materias, eso sí, teniendo siempre presente que en realidad su público es una minoría de investigadores, algunos profesores y estudiantes universitarios. Por su estructura, ambos *Manuales* representan los primeros ejercicios totalmente académicos que son altamente conscientes que la actividad académica-investigativa tiene que llevarse a cabo desde la interdisciplinariedad, convocando a un conglomerado de investigadores, especialistas en determinado fenómeno cultural o literario. El *Manual de literatura colombiana* para el caso que interesa en este momento se destaca por acoger entre sus páginas un conjunto de ensayos que resumen los comentarios críticos de los movimientos y las obras de ficción de la literatura colombiana. Cabe resaltar finalmente, que la propuesta metodológica del *Manual* será retomada por trabajos posteriores, por ejemplo, los tres tomos que componen *Literatura y cultura. Narrativa colombiana del siglo XX*.

nista Cordovez Moure” se subdivide en un ítem titulado “El realismo de Cordovez” que no ofrece ninguna conceptualización acerca del uso del término. De esta misma forma, los diversos autores utilizan la categoría de realista para referirse a las descripciones, o a un tipo de calidad de obra. Sólo dos ensayos tienen más directamente que ver con el desarrollo del realismo como movimiento en la literatura colombiana, a saber: el ensayo de Carlos José Reyes, “El costumbrismo en Colombia”, y el de Germán Colmenares, “*Manuela*, la novela de costumbres de Eugenio Díaz”, ambos pertenecientes al primer tomo.

El ensayo de Carlos José Reyes inicia con los antecedentes del costumbrismo en la nación y señala a Josefa Acevedo de Gómez como una de las iniciadoras del movimiento, lo cual amplía la mirada que se había registrado en los demás trabajos. Al igual que sus antecesores, Reyes marca *El Mosaico* como lugar de encuentro de los contertulios costumbristas, y la novela *Manuela* como la primera novela de importancia producida por la literatura colombiana. Sin embargo, es claro que para el autor, la novela no se restringe al panorama costumbrista, todo lo contrario, en ella, como en la mayoría de las “obras clasificadas bajo el rótulo general de ‘costumbristas’, existen elementos narrativos de diversa naturaleza y estilos distintos” (202).

De acuerdo con un comentario de Antonio Gómez Restrepo, el autor define qué se debe entender por costumbrismo: “Género realista, debe ser saleroso al propio tiempo para conservar su carácter de mero cuadro de costumbres” (215), y no más. Prosigue con la noticia bio-bibliográfica de un amplio grupo de autores recogidos bajo tal parámetro, y un comentario que puede parecer novedoso para muchos: “La Comisión Corográfica influyó notablemente en la mejor literatura costumbrista, al relacionar sus cuadros y relatos con la investigación científica y la pintura detallada y precisa de las regiones y sus personajes” (226), por lo cual le dedica una sección a tal aporte, destacando la figura de Manuel Ancízar; de la misma forma, al final de su ensayo, le dedica unas palabras al trabajo adelantado por “los cronistas de la vida cotidiana de pueblos y ciudades en el siglo XIX” (242). Finalmente, apunta que el cuadro de costumbres no tuvo una fuerza tal para llegar a ser novela, lo que ocasiona su desaparición con el pasar de los años (229-230). En los intentos de novela se destacan los cuadros y las descripciones de *María* y las novelas *Manuela*, *Tránsito* y *El Moro*. Por supuesto, también apunta que es Carrasquilla el encargado de darle un aire

mucho más pesado, pero el espacio que le dedica al autor es casi irrisorio, a pesar de indicar que la importancia del antioqueño es tal que: “La novela de Tomás Carrasquilla es un fruto maduro de la evolución a la que nos hemos referido y no puede incluirse, salvo algunos cuentos y sus primeras novelas, dentro de la lista de los escritores costumbristas” (240).

En algunos estudios críticos e históricos sobre la literatura nacional se encuentran tendencias a calificar algunas obras como realistas sin llegar a confrontar el término, tan solo bordeando un poco el tema, sin comprometerse demasiado con él por miedo a no saber de qué se está hablando o confundirlo con algo más. Dan por sentado el significado del realismo en la literatura colombiana, sin entrar en detalles y explicaciones (Gómez Restrepo, 1953) mientras que algunos utilizan dicha etiqueta de forma peyorativa con el material amparado bajo tal (Nicolás Bayona Posada, 1942, Jesús María Ruano, 1918, 1925), o tan solo aludiendo a un tipo de descripción narrativa (Gustavo Otero Muñoz, 1928; Álvaro Pineda Botero, 1999, 2001, 2005).

A lo largo del volumen I de *Literatura y cultura*¹¹ (2000) la palabra realismo es mencionada 22 veces. Por ejemplo, en su “Estudio preliminar” (11-85), las compiladoras trazan las líneas generales históricas del recorrido literario colombiano, y en él, utilizan la palabra realismo (7 veces) como referencia al movimiento literario artístico sin definirlo antes. Simplemente se dice que aquella obra o que dicho autor bebe de las fuentes del realismo, del realismo decimonónico o de los diversos realismos americanos: “El texto [la novela *Leopardo al sol* de Laura Restrepo] es elaborado a partir de un diálogo entre el narrador [...] y una voz colectiva [...] y fluctúa en un terreno intermedio entre la verdad y la leyenda con recursos del realismo mágico” (75). Al interior de los ensayos individuales sucede otro tanto. Sin embargo, existe un punto de vital importancia. Es curioso notar cómo las novelas *Cosme* y *Pax* son reseñadas en este estudio que marca la transición de la narrativa del siglo XIX al XX, cuando se puede pensar que son justamente las novelas canónicas del romanticismo, el costumbrismo y el realismo decimonónico las que entablan ese diálogo entre centurias, como es el caso de las ya renombradas: *María*, *Manuela* y *El Moro*.

11 *Literatura y cultura* viene a sustituir los análisis propuestos por otros materiales, acerca de la novela colombiana del siglo XX, ya que esa es su especialización, y por ello interesa sobremanera para esta investigación. Son más de 2000 páginas las que se le dedican a la dinámica novelística colombiana.

Otra importante característica hallada como concepción metodológica en los ensayos, a pesar de no tratarse de una idea directriz en cada uno de ellos, es que los autores saben que es imposible y perjudicial para las obras literarias delimitarlas con rótulos taxonómicos, lo que en cierto sentido, se contrapone a la antigua actitud de clasificarlos con dichos apodos euro-céntricos. De igual forma, los críticos saben que cuando utilizan esas etiquetas con las obras, les conceden el significado de categoría estética, pero al mismo tiempo, saben que aquella categoría estética no anula la presencia de otra, es decir, que una obra realista puede ser igualmente romántica. Así, no se plantea ninguna jerarquía entre los mismos movimientos, y por ello, ningún crítico piensa, por ejemplo, que el costumbrismo no sea tan importante estéticamente comparado con el realismo y éste último con el modernismo, lo que en cierto sentido sucedía en los primeros trabajos histórico-literarios cuando se intentaba plantear la “evolución” de la literatura nacional. En esta *historia* los autores saben de la plurisignificación de las obras: “Carrasquilla ha sido llamado modernista, costumbrista, regionalista, y lo han afiliado con el realismo ruso, el romanticismo y el naturalismo español, pero su obra se resiste a limitarse a cualquier categoría” (177); de igual forma, saben de la confluencia de los movimientos literarios y artísticos en Latinoamérica: “En este breve recorrido por las aproximaciones más innovadoras a *La vorágine* cabe destacar también el planteamiento de Ivan Schulman, quien atribuye las características insólitas o desconcertantes del texto a su carácter eminentemente moderno, producto de un ‘tríptico simbiótico’ del modernismo, del realismo/naturalismo y de la vanguardia” (217).

En el segundo y tercer tomo de *Literatura y cultura* sucede lo mismo. En el segundo tomo aparece 38 veces la palabra realismo, casi todas haciendo alusión al realismo mágico que se explora desde la obra de Gabriel García Márquez y otros, en el ensayo de José Cardona López: “Literatura y narcotráfico: Laura Restrepo, Fernando Vallejo, Darío Jaramillo Agudelo”, y Susanne Lange: “El espejo inverso: la literatura colombiana en Alemania y Francia”. En el tercer tomo las referencias son menores, tan solo en ocho ocasiones se menciona pero en definitiva, no existe una conceptualización sobre la palabra, su significado se da por entendido. En este último tomo, cuatro de esas ocho referencias citan al realismo como calidad estética, las otras cuatro se refieren a un movimiento literario, tres para el realismo mágico y uno solo para el realismo testimonial.

Panorama crítico de la periodización literaria colombiana: el caso del realismo

De esta forma es palpable que, por lo menos en América, y siguiendo a Ángel Rama (1985), las características de los movimientos literarios se entrecruzan de una obra a otra, de un autor a otro. Por ello es lícito y apenas lógico que se hable del “realismo romántico” o del “romanticismo realista”, es decir, de una obra que fácilmente puede ser encasillada en el realismo, pero que tiene características propias, aún, del romanticismo, o viceversa. No obstante, no es claro que a pesar de esta propiedad de la literatura, es decir, de su calidad de amalgama de influencias artísticas, los historiadores americanos hagan uso de la misma señalización europea para designar los objetos literarios de América. Además de perpetuar un modelo de periodización extraño a la dinámica literaria y cultural de las naciones americanas, los historiadores de la literatura americana han encontrado en aquel modelo, la facilidad operativa en cuanto a dar razón de lo sucedido en un terreno como el artístico. Es decir, la periodización por corrientes y movimientos literarios, facilita la organización de toda una literatura: es fácil encasillar las obras literarias y los autores siguiendo patrones tales como el tipo de descripción que configura la obra. Es fácil encasillar la dinámica literaria bajo estos rótulos cuando en ningún momento se ha discutido la eficacia de dicha taxonomía para dar cuenta de las fuerzas agentes que han provocado los cambios estilísticos, pero también sociales, de la cultura de un pueblo. También hay que decir que dicho método taxonómico, le impide dar cuenta de las singularidades que se esconden detrás de todo aquel proceso y de toda aquella “evolución” o recorrido artístico. La periodización, como es obvio, generaliza las singularidades literarias, los pequeños cambios, las manifestaciones apenas palpables, y esto, por supuesto, para una visión histórica literaria totalizante es negativo. Si se dejan por fuera estos elementos sería difícil comprender los aspectos que envuelven la verdadera dinámica literaria, es decir, el desarrollo de la literatura nacional, a lo largo de los siglos, no se resume en la clasificación bajo etiquetas sin sentido. La conceptualización acerca de lo que se debe entender por cada una de las etiquetas periodológicas, debe aclarar en sí lo que se quiere decir con la etiqueta. Aunque puede pensarse que los críticos no se detienen en la explicación de los conceptos clasificatorios porque lo consideran un saber consensuado, las tradicionales denominaciones en las cuales los críticos acomodan las obras del siglo XIX, han degenerado en simples motes que

no aportan mucho a la comprensión de la obra literaria. Los críticos poco comprometidos o sin sentido de investigación convierten en verdades estas denominaciones que la tradición se encarga de afianzar.¹² Esta evaluación a los rótulos debe ser hoy en día aplicada incluso a la utilización de, por ejemplo, los géneros literarios, o ¿acaso queda claro cuándo y por qué se debe denominar a una obra como novela y no como relato o cuento?

Decir que una obra literaria pertenece al realismo, sin antes explicar qué se entiende por dicho término, no significa nada, al contrario, le niega a la obra los posibles diálogos que puede estar entablando al mismo tiempo con otros discursos o movimientos artísticos. Sin embargo, como se ha visto, es usual que los lectores de los manuales y las *historias de la literatura colombiana* encuentren la denominación de “Realismo”, reuniendo a un tipo de literatura o a un grupo de obras literarias —en su mayoría— del siglo XIX, sin una explicación anterior sobre su naturaleza (histórica, estética, literaria). Otro tanto sucede en las reseñas, las críticas literarias, los análisis, los ensayos y en los propios libros escolares. Parece algo de lo más común utilizar ésta y otras denominaciones —como romanticismo, costumbrismo, modernismo—, dando por sentado el significado que deben tener. Se utilizan con tanta frecuencia estas denominaciones que en ocasiones se corre el riesgo de no saber a ciencia cierta a qué se refieren.

No se sabe si las divisiones por movimientos artísticos, sin ninguna contextualización, se deban a un mero olvido por parte del crítico, olvido que se ha repetido a lo largo del tiempo por otros estudiosos de la materia; o si responden al afán humano de querer clasificar y acomodar las representaciones artísticas a través de esta serie de etiquetas historiográficas. El hombre, parece, no soporta la idea de que sus manifestaciones artísticas deambulen a lo largo de la historia sin poderlas denominar, sin tratar de abarcarlas en la totalidad de su sentido, con la utilización de una categoría.

Son pocos los trabajos que antes de utilizar un concepto, que aparentemente el lector conoce, lo explican detalladamente en aras de contextualizar sobre sus raíces y el papel que desempeña en el terreno literario (mal que bien lo hace Ayala Poveda: 1984). Así, las denominaciones de literatura

12 El trabajo de Rodríguez Arenas (2004) es ilustrativo al respecto. Se trata del análisis de la obra de Soledad Acosta de Samper y José María Samper desde la denominación de costumbrismo a la cual la crítica tradicional tiene relegada la obra de los esposos. Su tesis consiste en exponer los matices de la narrativa de los autores que lindan con el costumbrismo pero también con el realismo, diferenciando claramente las dos categorías como movimientos independientes.

realista y todas sus posibles variantes, tales como el realismo romántico, el realismo costumbrista, el realismo social, el realismo crítico, el realismo mágico, el realismo testimonial, el realismo neocrítico y todas las que el crítico quiera, abundan en libros y revistas sin una clara conceptualización que anteceda al mero hecho de nombrar y clasificar. Lo que ha llevado a observar una generalización de las obras sin partir de una base teórica que sustente las categorizaciones. De esta forma el sentido de la obra literaria se ve limitado para el lector de dichos estudios.

La utilización de una etiqueta tal como “realista” puede no aportarle nada a la obra literaria, en cambio, puede negarle el diálogo con otras manifestaciones artísticas y sociales. El actual panorama de los estudios literarios carece de investigaciones que confronten la denominación convertida en lugar común. Por ello desde el principio la idea central del presente ensayo ha sido clara: llamar la atención sobre los peligros que se corren al utilizar términos sin una debida conceptualización, este principio es básico para entablar una comunicación, ya que dar por sentado el significado de estos nombres implica dejar al lector y al estudiante a la deriva, con el riesgo de que aquella persona crea entender algo cuando en realidad se trata de algo muy distinto. Por supuesto, este es solo el principio, lo mismo debe hacerse con los otros movimientos para la literatura colombiana y en general, para la literatura latinoamericana que ha configurado sus procesos de una forma muy distinta a la europea. Además, la aclaración de los términos, es decir: la creación de un lenguaje universal, como lo supone el trabajo de la teoría literaria dentro de los estudios literarios, debe ser el primer paso para cualquier tipo de investigación, y sobre todo, para la idea de concretar un modelo teórico y metodológico que conduzca al desarrollo de una historia de la literatura colombiana que imprima las actuales consideraciones sobre el significado y la función de la literatura en la nación colombiana.

Bibliografía

- Arango Ferrer, Javier. *La literatura de Colombia*. Buenos Aires: Imprenta y Casa Editorial “Coni”. Instituto de Cultura Latinoamericana. Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, 1940, 158.
- Auerbach, Erich. *Mimesis: la representación de la realidad en la literatura occidental*. México: Fondo de Cultura Económica, 1982, 533.
- Ayala Poveda, Fernando. *Manual de literatura colombiana*. Cali: Educar Editores, 1984, 405.

- Bayona Posada, Nicolás. *Panorama de la literatura colombiana*. Bogotá: Editorial A.B.C. Ediciones Samper Ortega, 1942, 148.
- Bedoya Sánchez, Gustavo Adolfo. *El concepto de Realismo en cinco historias de la literatura colombiana (una revisión historiográfica)*. Trabajo de investigación para optar al título de Magister en Literatura Colombiana. Medellín: Universidad de Antioquia, 2006, 222.
- Camacho Guizado, Eduardo. *Estudios sobre literatura colombiana, siglos XVI-XVII*. Bogotá: Ediciones Universidad de los Andes, 1965, 107.
- _____. “La literatura colombiana entre 1820 y 1900”, en: *Manual de historia de Colombia*. Tomo II. Bogotá: Procultura, Instituto Colombiano de Cultura, 1978-1979, 613-393.
- _____. *Sobre literatura colombiana e hispanoamericana*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1978, 407.
- Colmenares, Germán. “Manuela, la novela de costumbres de Eugenio Díaz”, en: *Manual de literatura colombiana*. Bogotá: Procultura, 1988, 247-266.
- Cortázar, Roberto. *La novela en Colombia. Tesis para el doctorado en Filosofía y letras*. Segunda edición. Medellín: Univesidad EAFIT, 2003, 196.
- Curcio Altamar, Antonio. *Evolución de la novela en Colombia*. Segunda edición. Bogotá: Instituto Colombiano de Culutura, 1975, 255.
- Escobar, Augusto. “Lectura crítica de las historias literarias colombianas”, en: *Poligramas No 19*. Cali: Universidad del Valle, ene-jun, 2003, 75-92.
- Gómez Restrepo, Antonio. *Historia de la literatura colombiana*. Tercera edición. 4 Tomos. Bogotá: Cosmos, 1953, 547, 449, 480, 370.
- Grossman, Rudolf. *Historia y problemas de la literatura latinoamericana*. España: Revista de Occidente, 1972, 758.
- Gutiérrez Girardot, Rafael. “La literatura colombiana en el siglo XX”, en: *Manual de historia de Colombia*. Tomo III. Bogotá: Procultura, Instituto Colombiano de Cultura, 1978-1979, 447-535.
- Jaramillo, María Mercedes, Betty Osorio y Ángela Robledo (comps.). *Literatura y Cultura. Narrativa colombiana del siglo XX*. 3 Vols. Bogotá: Ministerio de Cultura., 2000, 766, 631, 598.
- Levin, Harry. *El realismo francés (Stendhal, Balzac, Flaubert, Zola, Proust)*. Barcelona: Editorial Laia, 1974, 616.
- López, Matilde Elena. *Interpretación social del arte. Sociología del arte*. El Salvador: Ministerio de Educación, 1965, 265.
- Lukács, George. *Ensayos sobre el realismo*. Buenos Aires: Ediciones Siglo Veinte, 1965, 360.
- _____. *Significado actual del realismo crítico*. México: Ediciones ERA, 1963, 183.

- Manual de literatura colombiana*. 2 Tomos. Bogotá: Procultura, Planeta, 1988, 679, 755.
- Núñez Segura, José A. *Literatura colombiana. (Sinopsis y comentarios de autores representativos)*. Sexta edición. Medellín: Editorial Bedout, 1962, 681.
- Orjuela, Héctor H. "Introducción", en: *Historia Crítica de la literatura colombiana, Literatura Colonial*. Tomo I. Bogotá: Editorial Kelly, 1992, 9-40.
- Otero Muñoz, Gustavo. *La literatura colonial y popular de Colombia seguida de un cancionerillo popular*. s.e: La Paz, 1928, 324.
- Oviedo, José Miguel. *Historia de la literatura hispanoamericana*. 2 Vols. Madrid: Alianza Editorial, 1997.
- Patiño, Germán. "La pérdida del objeto. Historiografía literaria e historias de la literatura en Colombia", en: *Poligramas*, No. 21. Cali: Universidad del Valle, ene-jun, 2004, 241-267.
- Paz, Octavio. "Sobre la crítica", en: *Corriente alterna*. México: Siglo XXI Editores, 1967, 39-44.
- Pineda Botero, Álvaro. *Estudios críticos sobre la novela colombiana 1990-2004*. Medellín: Fondo Editorial Universidad Eafit, 2004, 417.
- _____. *Juicios de residencia. La novela colombiana. 1934-1985*. Medellín: Fondo Editorial Universidad Eafit, Colección Antorcha y Daga, 2001, 288.
- _____. *La fábula y el desastre. Estudios críticos sobre la novela colombiana. 1650-1931*. Medellín: Fondo Editorial Universidad Eafit, 1999, 577.
- Pöppel, Hubert. "La historia de la literatura: provocación y reto", en: *Poligramas*, No. 19. Cali: Universidad del Valle., ene-jun, 2003, 51-73.
- Rama, Ángel. "Autonomía literaria americana", en: *La crítica de la cultura en América Latina*. Selección y prólogos: Saul Sosnowski y Tomás Eloy Martínez. Cronología y bibliografía: Fundación Internacional Ángel Rama. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1985, 66-81.
- Reyes, Carlos José. "El costumbrismo en Colombia", en: *Manual de literatura colombiana*. Bogotá: Procultura, 1988, 175-245.
- Rodríguez Arenas, Flor María. "El realismo de medio siglo en la literatura decimonónica colombiana: José María Samper y Soledad Acosta de Samper", en: *Estudios de Literatura Colombiana* No 14. Medellín: Universidad de Antioquia, ene-jun, 2004, 55-77.
- Ruano Jesús María, SJ. *Lecciones de literatura preceptiva*. Bogotá: Casa Editorial de Arboleda & Valencia, 1918, xx, 518.
- _____. *Resumen histórico-crítico de literatura colombiana*. Bogotá: Editorial Santafé, 1925, xvi, 210.
- Sanín Cano, Baldomero. *Letras colombianas*. México: Fondo de Cultura Económica, 1944, 213.

- Vallejo Murcia, Olga. "La historia de la literatura colombiana. Cuestionamientos teóricos y metodológicos. Hacia el planteamiento de un proyecto interinstitucional de investigación", en: *Estudios de Literatura Colombiana* No 17. Medellín: Universidad de Antioquia, jul-dic., 2005, 201-218.
- Vergara y Vergara, José María. *Historia de la literatura de la Nueva Granada. Parte Primera. Desde la Conquista hasta la Independencia (1538-1820)*. Quinta Edición. 3 tomos en 1. Bogotá: Presidencia de la República, 1958, 227, 195, 194.